

EL GUANTE DE HIERRO

de Jorge Díaz

Presentada en el Festival de Teatro de las Naciones, en abril de 1993, en la Sala Nuval de Santiago.

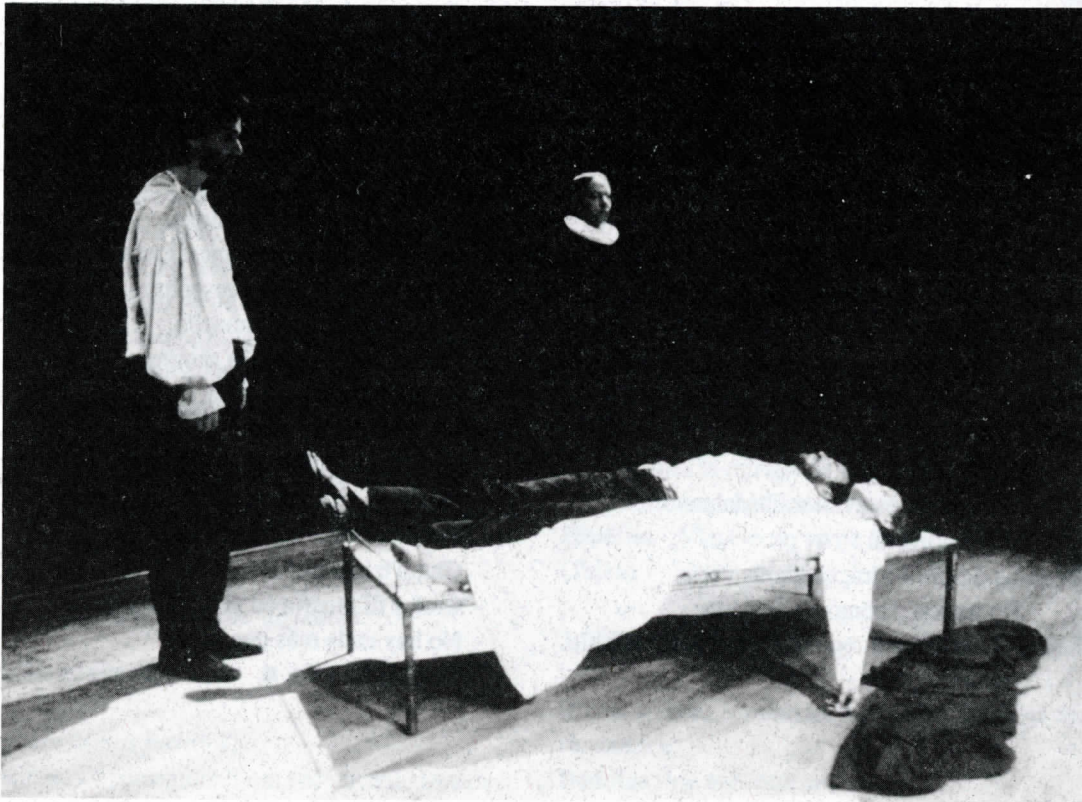
FICHA TÉCNICA

Dirección Alejandro Castillo
Música José Miguel Tobar
Vestuario Concepción Balmes
Espacio escénico e Iluminación Alejandro Castillo
Producción Romero & Campbell

REPARTO

Gabriela Hernández Alvaro Rudolphy
Francisco Reyes Mario Poblete

El guante de hierro. En la foto: Francisco Reyes, Mario Poblete, Alvaro Rudolphy y Gabriela Hernández.



JORGE DÍAZ

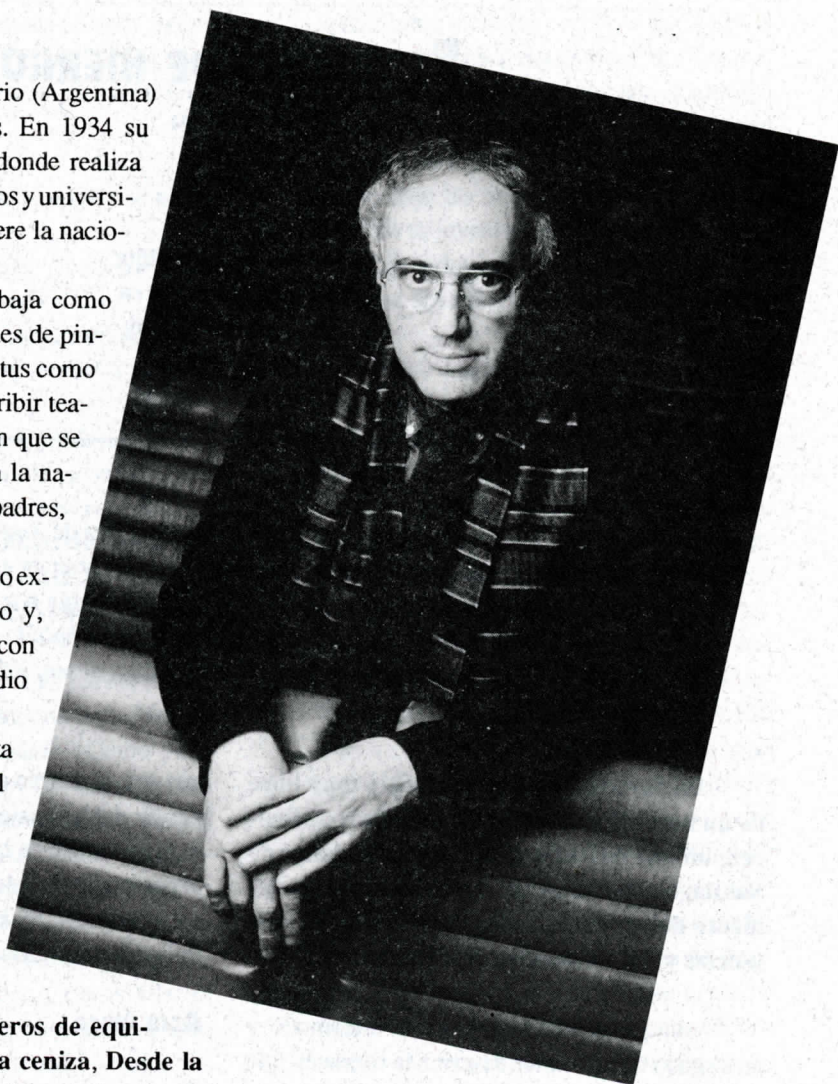
Nace en 1930 en Rosario (Argentina) de padre y madre españoles. En 1934 su familia se traslada a Chile, donde realiza estudios primarios, secundarios y universitarios (Arquitectura) y adquiere la nacionalidad chilena.

Durante un tiempo trabaja como arquitecto, realiza exposiciones de pintura y participa en el grupo Ictus como actor. En 1961 empieza a escribir teatro para el Ictus hasta 1965, en que se traslada a Madrid y recupera la nacionalidad española de sus padres, sin perder la chilena.

En España se ha dedicado exclusivamente a escribir teatro y, esporádicamente, a colaborar con guiones dramáticos para la radio y la televisión.

De sus más de cuarenta obras estrenadas en todo el mundo (sin considerar teatro infantil), destacan las siguientes: **El cepillo de dientes, El lugar donde mueren los mamíferos, Topografía de un desnudo, El locutorio, Toda esta larga noche, Ligeros de equipaje, Esplendor carnal de la ceniza, Desde la sangre el silencio, Las cicatrices de la memoria, Matilde, Oscuro vuelo compartido, Ayer sin ir más lejos.**

Obtuvo en Chile el Premio Nacional de Arte, mención teatro, en 1993.



EL GUANTE DE HIERRO

de Jorge Díaz

Personajes

Inés de Suárez adulta

Inés de Suárez joven

Rodrigo de Quiroga

La Gasca

Pedro de Valdivia

Sabemos todo sobre los conquistadores de América.

No sabemos nada de las mujeres españolas que se arriesgaron en esas tierras desconocidas.

La historia de las españolas en Indias está aún por escribir.

Detrás de la cota de malla tiene que haber habido alguien.

Tiene que haber habido miedo, rabia, deseo, soledad.

La obra es una interpretación muy libre de un hecho documental escueto: Inés de Suárez, amante de Pedro de Valdivia, fundador de Santiago de Chile, se casa con un lugarteniente del Capitán, obligada por las circunstancias y por exigencias de su amante.

Aunque resulta siempre muy incómodo y arriesgado que un autor describa la forma en que ve la representación de su obra, voy a hacerlo como un dato más, que puede servir o no al director para llegar a su propia visualización del montaje.

En este montaje escénico debe primar la atmósfera, la provocación, el ceremonial, por sobre la información o el discurso. Casi toda la obra transcurre en el interior de la mente de Inés de Suárez, excepto las breves escenas coloquiales con Rodrigo de Quiroga. Por lo tanto, se producen saltos en el tiempo y los personajes evocados están un poco distorsionados.

Asumo todas las inexactitudes históricas

que se encuentran en el texto, así como la actualización del lenguaje, como una forma de alejarme lo más posible de la obra histórica. Por supuesto, el personaje de Inés de Suárez no debe haber sido así, pero esta aproximación imaginaria puede ser útil para desmitificar ciertos hechos.

ACTO ÚNICO

El espacio escénico está conformado por telas y tules que caen desde dos o tres puntos del techo del escenario. Esta superposición de telas y tules contra el ciclorama iluminado de color verde sugiere varias cosas (ninguna realista), una tienda de campaña, el bosque chileno o algo más vago aún: un ámbito onírico en donde las sombras, los contraluces, las transparencias, forman parte de un espacio más mental que físico, más imaginario que figurativo. Esto permitirá continuos saltos en el tiempo, juegos con la identidad de los personajes y distorsión de la acción realista.

A un costado se ve un camastro con sábanas y

mantas desordenadas que forman bultos informes. En el camastro están Inés de Suárez y un hombre con el pecho desnudo que parece dormido.

Sonido de la lluvia.

Vemos el resplandor de un relámpago y se escucha un trueno lejano.

Inés se incorpora sobresaltada. El hombre que está junto a ella no se ha movido.

Inés lleva puesta una camisa blanca larga.

Se echa una manta sobre los hombros con un escalofrío.

Se mueven los tules. Entra una mujer joven vestida con un traje negro largo y sencillo, no mira a Inés en el camastro. Está fuera del tiempo real de ésta. La mujer joven abre un baúl antiguo de cuero y va colocando en su interior prendas blancas del ajuar de Inés. La joven Inés sonríe mientras realiza su tarea.

Inés (*Hablándole a la joven que no parece oírla*). ¡Inés, soy yo! ¿No me reconoces?... Soy tú misma. (*Para sí, evocando*). ¿Cómo pude ser alguna vez tan joven y tan frágil? Reconozco ese traje negro de viuda con marido vivo que me ponía para ir a misa. (*Hablándole nuevamente a la joven*). Discutiste con el cura, ¿verdad? El cree que es una locura que una mujer viaje a las Indias, madriguera de aventureros. “Esa tierra cuyos árboles tienen raíces de culebras y hojas de mariposas endiabladas. ¡Quédate aquí y resígnate, Inés, resígnate como todas!”, eso te ha dicho. ¡No, no te resignes, Inés! Deja el miedo y la rabia enterrados en Plasencia y vete. Si el infierno está en las Indias también está en tierras cristianas.

La joven Inés está doblando la ropa y colocando entre las prendas ramitos de alhucema.

(*Con ternura*). Coraje no te faltaba, pero te sobraba ingenuidad. ¡Mira que llevar a las Indias un ajuar perfumado con ramitos de alhucema! (*Se ríe bajito*). (*Soñadora*). Sí, quería llevar conmigo ese aire de Plasencia que traspasa el pecho: la albahaca, el jazmín,

la alhucema y esa luz cegadora que empuja a la sombra fresca del cementerio. Los cementerios de Extremadura son sombríos, tristes. A los indios, en cambio, los entierran en esa tierra roja donde uno se pudre dulcemente bajo las hojas. También tú, Inés, a pesar de tu juventud, terminarás alimentando la savia del jacarandá.

Inés coloca en el baúl una toquilla y unos guantes blancos.

(*Sonriendo con ternura*). ¡Guantes blancos! ¡Dios mío, en qué estaría pensando entonces! Lleva más bien guantes de hierro. Aquí no serás una dama. ¿Cómo puede ser una dama la amante de un soldado? ¿Cómo puede ser una dama quien no sabe leer? ¿Cómo puede ser una dama quién viaja con gallinas y puercos, en vez de doncellas?...

Inés levanta un trajecito de bebe y lo mira con ternura. Se lo lleva al pecho y sonríe, soñadora.

También en eso nos equivocamos, Inés. Ese hijo no llegará nunca. ¡Olvidalo! El cura creyó que abandonaba España buscando a mi marido. ¡No! ¡Yo crucé el mar para que mi hombre me diera el hijo que me debía! Ya ves, vine a por un hijo y encontré a su padre agusanado. Los muertos no esperan en las Indias. A las pocas horas se llenan de gusanos. (*Inés madura se levanta y se acerca a Inés joven, que sigue sin verla. Inés madura mira a la joven vestida de negro con ternura*). Te ves tan llena de vida que es injusto recordarte la muerte. ¿Era yo tan bonita realmente? ¿Soy ahora la misma de entonces?... ¡No, la única Inés de Suárez de carne y hueso es la que parió esta tierra! Hasta me veo la piel oscura, no como la tuya, transparente. Soy una mestiza. He nacido de este barro. Ahora, que ya es demasiado tarde, pienso que debí dejarme forzar por cualquiera de esos soldados que me rondaban babeando de deseo. Pero, entonces, yo pensaba en otras cosas.

La joven Inés extiende un vestido de novia y lo

mira con emoción, luego lo dobla para meterlo en el baúl.

¿Por qué viajaste con el traje de novia? ¡No te entiendo! ¿A dónde creías que venías? ¿Qué clase de sueños eran los tuyos? ¿Creías que era posible repetir tu noche de bodas?...

La joven Inés guarda en el baúl una imagen de la virgen colocada en una pequeña hornacina.

¡La Virgen de Montserrat! Ha recorrido más leguas de infierno que ningún soldado español. Ha sido testigo de muchos crímenes cometidos en el nombre de Dios. Ya no se escandaliza de nada. Ya es una virgen india... como yo.

La joven Inés cierra el baúl y sale. La Inés madura la llama.

Inés ¡No te vayas! ¡No quiero quedarme sola esta noche! Tengo miedo.

Se escucha el ruido de la lluvia. Inés madura se mueve por detrás de los tules, sin salir nunca del escenario. Vuelve al interior de la tienda de campaña con la cabeza mojada por la lluvia. El hombre que dormía en el lecho le habla desde allí y luego se acerca a ella.

Hombre ¿Qué pasa?

Inés Nada.

Hombre Has gritado algo.

Inés Soñaba.

Hombre ¿Por qué has salido a la lluvia? Sécate un poco.

Inés Quería refrescarme.

Hombre Tienes fiebre. (*La lleva al lecho*). Ven, descansa. Pronto amanecerá.

Inés No quiero que amanezca.

Hombre Intenta dormir.

El hombre se acuesta. Inés está junto a él y lo mira dormir. El sonido del corazón de Inés se va transformando en el resonar de tambores. Se cortan bruscamente en el momento en que aparece una sombra distorsionada sobre uno de los tules o sobre el ciclorama. Inés, sobresaltada, mira hacia la sombra. La sombra desaparece y reaparece en otro lugar del escenario. Inés se vuelve hacia ella.

Voz grabada (*Levemente distorsionada*). Don Pedro de Valdivia...

Inés (*Atemorizada*). Sí...

La sombra cambia de lugar nuevamente. Serpentea. Parece un encapuchado. Quizás sea una proyección.

Voz grabada ¡Don Pedro de Valdivia!

Inés se vuelve, inquieta, hacia donde ha reaparecido la sombra.

Inés Hablad.

Voz grabada Soy el Licenciado La Gasca.

Inés Lo sé. ¿Qué queréis?

La alta sombra cambia de sitio, ondea.

Voz grabada No voy a hablar con vos.

Inés ¿Por qué?

Voz grabada Un bachiller que representa al Rey y a la Inquisición no habla con mancebas de soldados.

Inés ¡Os atrevéis a decir eso porque no está aquí el Gobernador!

Voz grabada Gobernador por poco tiempo. Han sido presentadas cincuenta y siete acusaciones contra él.

Inés Infamias.

Voz grabada Además, la principal acusación sois vos misma.

Inés ¿Qué queréis decir?

Voz grabada Lo sabéis muy bien. Valdivia se ha amancebado con una española, en vez de hacerlo con una india, como hacen todos.

Inés (*Poniéndose de pie con dignidad y rabia*). ¡Fuera de aquí!

La sombra se desvanece. Ahora aparece una alta figura, esta vez corpórea y real. Viste sotana negra y birrete antiguo. Lleva coturnos para aumentar su estatura y acentuar su sentido de irrealidad, aunque esta vez, materializada. Es el bachiller La Gasca.

La Gasca Mando a Don Pedro de Valdivia, Gobernador y Capitán General por su Majestad de las Provincias de Chile, que deje de vivir deshonestamente con Inés de Suárez, de tal manera que cese toda siniestra sospecha de que entre ellos exista carnal participación.

- Se le ordena al Gobernador y Capitán General que case a Inés de Suárez con cualquier soltero de su tropa o la envíe a estas provincias del Perú para que en ellas viva; o se vaya a España o al lugar que ella prefiera, siempre que no participe en trabajos de conquista o gobierno, limitándose a las labores domésticas.
- Inés** No soy una criada.
- La Gasca** Bando firmado por el Virrey y encomendado al Bachiller Monseñor La Gasca.
- Inés** ¡Jamás Don Pedro obedecerá esas órdenes!
- La Gasca** Otros más soberbios que él han sido colgados.
- Inés** Por sobre vos está el Rey.
- La Gasca** Por sobre el Rey está la Ley de Dios. También vos seréis acusada de desacato.
- Inés** (*Desafiante*). ¡Sé defenderme de los cobardes que creen que una española que duerme entre soldados es una puta!
- La Gasca** ¿Acaso no venís de Malpartida de La Serena, el pueblo burdel de Extramadura?
- Inés** (*Orgullosa*). ¡No, vengo de Plasencia, refugio de mujeres honradas!
- La Gasca** ¿Y de qué le sirve una mujer honrada a unos soldados en celo?
- Inés** Para sobrevivir en el desierto: 126 castellanos y una mujer que sabe presentir el agua bajo la arena.
- La Gasca** Brujerías. Tenéis pócimas secretas.
- Inés** Semillas de flores y repollos, esos son mis secretos. En el incendio de Santiago salvé dos marranas, un cochinillo y una gallina.
- La Gasca** En ese asedio hicisteis algo más; cortasteis cinco cabezas.
- Inés** ¿Queréis saber cómo lo hice?... ¡Con rabia, sin miedo, y en el nombre de Dios!
- La Gasca** No puedo responder por vuestra virtud, aunque nadie duda del valor de las españolas.
- Inés** Ese valor no lo traje de España, Bachiller. Lo aprendí de las indias. Las he visto parir de pie, solas, cortando ellas mismas el cordón con los dientes.
- La Gasca** Costumbres bestiales.
- Inés** Más humanas que las nuestras. Hemos venido como esclavizadores y terminaremos siendo paridos por ellos.
- La Gasca** ¡Moderad el lenguaje, que no estáis hablando con soldados borrachos!
- Inés** Me gusta hablar con ellos: son valientes. No como otros, que engordan el trasero en las poltronas del Perú.
- La Gasca** Seré indulgente, Inés: si queréis podéis entrar en un convento de arrecogías o arrepentidas.
- Inés** ¿Arrepentida de qué? ¿De haber amado a un hombre? Arrepentido estaréis vos de no haber conocido hembra y de llevar cilicio en los riñones.
- La Gasca** Vuestra manera de hablar os delata. Será fácil condenaros.
- Inés** Y vos habláis como lo que sois: mezquino juez de las vidas ajenas. Os huele la sotana a simiente agria y a fiebres solitarias.
- La Gasca** Estoy empezando a pensar que me equivoqué con vos: no sois una ramera, sois el demonio.
- Inés** También eso, Bachiller, también eso.
- La Gasca** No sé qué voy a informar sobre vos a la Inquisición.
- Inés** Decidles que conocísteis a un soldado que lucha por el Rey en el confín del mundo.
- La Gasca** ¿Quién sois, en realidad?
- Inés se abre la larga camisa blanca y la deja caer a su pies. Queda desnuda ante La Gasca.*
- Inés** Ya lo veis: una pobre mujer. La conquista de Chile la están haciendo pobre gente como yo.
- La Gasca** (*Escandalizado y furioso*) ¡La Conquista, después de Dios, se debe a los caballos! ¡Dios y los caballos! ¡Las mujeres, jamás!
- Inés, desnuda, va hacia el camastro y abraza al hombre dormido, despertándolo con su brazo. Debajo de las mantas se empiezan a producir los movimientos del acto amoroso entre el hombre y la mujer. En este acto Inés tiene la iniciativa*

amorosa. Mientras en el camastro ocurre esto, La Gasca dicta sentencia o termina la sentencia con la que había empezado la escena. Mientras habla, la luz va bajando en resistencia sobre su alta figura.

La Gasca Antes de un mes, Inés de Suárez deberá casarse con alguno de vuestros capitanes. Si se niega a ello, la recluiréis en un convento de arrecogías o la devolveréis a España. Vuestra legítima esposa, doña Marina de Gaete, viaja ya hacia las Indias para reunirse con vos. Así pues, ya sabéis lo que tenéis que hacer si queréis seguir siendo el Gobernador de las provincias de Chile.

La Gasca desaparece tragado por las sombras: se escuchan relinchos de caballos; ruidos de cascotes en el barro o en el empedrado. El hombre que estaba en la cama con Inés se incorpora. Se pone de pie, envolviéndose con una manta o una capa. Enciende un velón que en este momento es la única luz del escenario. Lleva una barba recortada. Con el velón en la mano se acerca a la salida de la tienda y mira hacia afuera.

Hay viento, su sombra movidiza se agita entre los tules verdes. Se escucha el ruido del viento y la lluvia.

Ladridos de perros.

Inés también se ha incorporado en el camastro. Mientras habla, se pone la camisa blanca larga. Inés está en la penumbra. El velón del hombre se mueve por detrás y vuelve a entrar al escenario.

Inés ¿Dónde estás?

El hombre habla desde la entrada de la tienda, recortado contra el resplandor verde.

¿Qué pasa?

Hombre Nada. Llueve, como siempre.

Inés Los caballos...

Hombre Están asustados.

Inés Nuestros caballos nunca tienen miedo.

Hombre Será la tormenta.

Inés Tienen rabia.

Hombre ¿Por qué?

Inés Ya no son los caballos de los conquistadores. Ahora los araucanos los montan mejor

que nosotros.

Nuevos relinchos de caballos. Algún relámpago ilumina el escenario. El velón se apaga. Penumbra.

Inés (*Inquieta*). ¿Estás ahí?

Hombre (*Desde la sombra*). Ha sido un golpe de viento.

Inés (*Angustiada*). ¡Pedro... tengo miedo! ¡Pedro!

El hombre enciende de nuevo el velón. Las sombras se mueven. El hombre se acerca a Inés.

Hombre ¿Qué dices?

Inés Nada.

Hombre ¿Por qué me llamaste Pedro?

Inés No sé.

Hombre Mírame. (*Inés lo mira*). Soy Rodrigo, Rodrigo de Quiroga.

Inés no le responde y se echa en el camastro. Ahora intenta dormir. Pronto amanecerá. Deja de escucharse el viento y la lluvia.

Inés (*Inquieta*). Ha dejado de llover.

Hombre Y ahora vendrá lo peor.

Inés ¿Qué?

Hombre La niebla. Nos hará ver indios donde sólo hay árboles.

Inés En Plasencia, los días de niebla, subían los fantasmas desde el río Jerte.

Hombre Estaremos tres o cuatro días disparando contra las sombras.

La escena se va llenando de una niebla mansa, lenta y baja que se desplaza a ras del suelo.

Inés (*Para sí*). Los fantasmas de la niebla del río... mis fantasmas.

Hombre Aún podemos dormir.

El hombre apaga el velón. La iluminación del escenario es ahora como un resplandor en medio de la niebla. Un silencio.

Inés (*Con un susurro*). Pedro...

Le contesta un gruñido somnoliento.

Pedro... ¿Cuándo... cuándo tendremos que separarnos?

A partir de este momento, el hombre es Pedro de Valdivia.

Valdivia Nos han dado seis meses.

Inés Seis meses de vida.

Valdivia Apelaré esa sentencia. Es injusta. La Gasca es un inquisidor fanático.

Inés Detrás de La Gasca están la Iglesia, el Virrey, los ricos encomenderos y todos los que encuentran insoportable que Pedro de Valdivia gobierne Chile.

Valdivia A pesar de todos ellos, estamos aquí.

Inés Con seis meses de vida por delante.

Valdivia No nos han condenado a muerte.

Inés Vivir separados será algo muy parecido.

Valdivia Seguiremos viéndonos.

Inés (*Irónica*). Cuando tu esposa esté en misa, haciéndonos gestos culpables a través de una ventana, tú, embozado, yo, detrás de una cortina. Sabes que ese no es mi estilo.

Valdivia Al comienzo, quizás, pero luego...

Inés Prefiero no verte más. Me sentiría como una ladrona.

Valdivia (*En voz baja*). Ahora eres tú la que dicta la sentencia de muerte.

Inés La condena no será solamente el no poder verte. Sobre todo, será no poder tocarte con la punta de los dedos.

Inés le abre la blusa a Pedro de Valdivia y le acaricia el pecho desnudo con las puntas de los dedos.

Ayudarte a quitarte la armadura... desnudarte para curar tus heridas, besándolas.

Inés le besa el cuerpo, lenta pero sistemáticamente.

Hacer descansar tu cuerpo martirizado por caballos, indios y marchas forzadas.

Vuelve su boca al rostro de Valdivia.

Susurrarte esas palabras secretas que hemos inventado.

Inés besa a Valdivia en la boca. Valdivia la abraza con ardor. Después de un momento, se separan.

Es curioso. Siento que con esta separación rompo un juramento sagrado. Me siento culpable ante Dios, no por haber compartido tu lecho, sino por alejarme de él. Dios me castigará por terminar una relación que fue bendecida por El.

Valdivia (*Grave y en voz baja*). Antes, Dios

bendijo mi unión con Marina Ortiz de Gaete.

Inés (*Desafiante*). ¿Y qué?... ¡Esa es tu vida, no la mía! Dios no es como La Gasca: un bachiller castrado que archiva papeles para no ver a las mujeres.

Valdivia (*Con ternura*). Siempre has estado a mi lado, Inés.

Inés Pensé que siempre sería así. Ahora me siento tan humillada como un perro sarnoso al que no dejan entrar en las casas.

Valdivia No te abandonaré.

Inés Ya me has abandonado.

Inés se separa del hombre. Se hace un ovillo y lo mira desde el otro extremo. Su mirada es dura, vengativa, soberbia. Con lentitud saca un puñal de entre sus ropas.

Anoche, mientras dormías junto a mí, pensé que debíamos terminar juntos la aventura que emprendimos. Levanté mi puñal sobre tu cuerpo dormido. (*Levanta el puñal*). Luego, pensaba dirigirlo contra mí.

Valdivia (*Fascinado, en un susurro*). ¿Por qué no lo hiciste?

Inés Me faltó odio. Pero aún puedo hacerlo. Mi mano, que empuñó la espada tantas veces, no vacilará.

Un silencio.

Valdivia La Gasca ha ordenado que te cases.

Inés ¿Con quién?

Valdivia Con quién yo determine.

Inés Después de ti, cualquier hombre que me toque será para mí un violador.

Valdivia Buscaré para ti al mejor capitán de mi tropa.

Inés (*Dolida*). Si hubiera sabido que me ibas a decir esto, anoche no habría temblado mi mano empuñando el puñal.

Valdivia Quiero tu bien.

Inés Nunca me has querido. Los hombres no saben querer. Cuando se ama a alguien, los que te rodean dejan de existir.

Valdivia Por desgracia, existen. ¡Ahí están el Correjidor, el Obispo, el Oidor, La Gasca!...

Inés (*Amarga*). He defendido Santiago sitiada

por los indios y no he sabido defenderme de unos funcionarios miserables.

Valdivia Has hecho bien. No te habrían escuchado.

Inés ¡Cómo iban a escuchar a la amante analfabeta de un soldado!

Valdivia ¡No eres analfabeta!

Inés Por caridad me enseñó a leer el obispo Marmolejo, pero en Perú saben que una dama no decapita indios ni cabalga cinco meses por el desierto de Chile.

Valdivia Saben que no le tienes miedo a nada.

Inés "La muerte menos temida da más vida". Es tu lema heráldico. El mío debería ser: "Sólo desprecio a los que me desprecian".

Valdivia Respeto es lo que te deben. Eres la mujer que fundó conmigo esta ciudad.

Inés Me quitarán todo. No tendré siquiera un trozo de tierra para sembrar las semillas que traje de España.

Valdivia Nadie va a arrinconarte.

Inés Sólo tú.

Valdivia Te casaré con Rodrigo de Quiroga, que es mi brazo derecho.

Inés ¿De qué me sirve tener a mi lado sólo un brazo tuyo?

Valdivia Es la única forma de que conserves tus bienes y tu autoridad y puedas permanecer en Santiago.

Inés se pone de pie. Altiva, soberbia, va hacia la entrada de la tienda.

Inés Adiós, Capitán. Dé mis recuerdos a doña Marina Ortiz de Gaete.

Valdivia Serán dados.

El hombre se cubre con la manta y adopta la misma posición que tenía al empezar la escena. Se escuchan tambores indígenas lejanos. El sonido es sordo y acompasado. La luz del amanecer ilumina las telas del fondo por detrás. Inés se ve levemente a contraluz. Se escuchan ladridos lejanos de algún animal del bosque. Inés se viste muy lenta y ceremonialmente con un vestido de novia. Cuando termina de vestirse, se escucha una voz susurrada con algo de eco. Banda de sonido.

Voz en off ¿Aceptas a este hombre como esposo y dueño...

Inés ¡Nunca tendré dueño!

Voz en off ...hasta que la muerte los separe?

Inés ¡Sí, hasta que la muerte nos separe!

Inés se pone lentamente el guantelete de hierro en la mano derecha. Luego coge el puñal y lo dirige hacia su pecho durante un momento. Con la punta del puñal desgarró la parte superior del vestido de novia, en la parte del pecho. Todavía empuñando el puñal, va hacia el hombre que duerme. Levanta el puñal sobre él y lo apuñala repetidas veces. La manta y el puñal se tiñen de sangre. Inés coloca el puñal ensangrentado entre sus piernas y aprieta los muslos y así limpia el puñal. Queda una mancha de sangre en el vestido de novia en la parte del pubis. Se escuchan los relinchos desbocados y exasperados de los caballos afuera. Todos los sonidos se van extinguiendo hasta producirse el silencio total. El ciclorama se va tiñendo de rojo. Inés se acerca a la imagen de Nuestra Señora que está en la caja de madera con sus puertecillas abiertas.

Tú eres la única testigo. (*Echando una mirada al bulto del hombre acuchillado*). En vez de acuchillarlo a él debí apuñalar mi vientre. Pero sería inútil. Hace mucho tiempo que mis entrañas están muertas... o están secas, que es lo mismo. No vine de Plasencia a esta tierra buscando dinero, ni poder, ni siquiera a mi marido. Vine buscando una semilla, vine buscando un hijo. Extremadura está tan reseca como yo, llena de viejos prejuicios... ¿Cómo podía quedar embarazada una mujer viviendo sola? ¡Tenía que viajar a la tierra incógnita! No encontré a mi marido, pero encontré un hombre. Y, sin embargo, nada se movió en mi vientre. Me vine con él a este país tan largo como este cuchillo y llegué cargada de semillas, de flores... pero yo no he florecido. Mi hijo no llegó con Valdivia porque estoy cegada como un pozo. Y lo sé porque él ha tenido hijos con mujeres indígenas. Nosotras, las españolas cristianas,

somos estériles y ellas, las indias, son fecundas como el barro de estos bosques. Les basta un contacto fugaz con un soldado borracho, una violación después de una batida, para quedar preñadas. ¡Benditos vientres morenos! Y yo aquí, esperando, hasta que mis pechos han perdido su firmeza y mis piernas ya no apretan la montura como antes.

Ahora ya lo sé: nunca tendré un hijo. El Capitán los tuvo con otras y el hombre con el que me caso mañana tampoco conseguirá dar vida a mi interior. (*A la imagen*). Ya no creo en los milagros. Ni siquiera en los tuyos. He gritado haciendo el amor, pero nunca gritaré pariendo un hijo.

Inés se va encogiendo sobre sí misma muy lentamente hasta caer de rodillas ahogando un largo gemido.

El hombre que estaba en el camastro aparta las mantas y se incorpora. Se acerca a Inés y la levanta con dulzura. La sienta en el baúl o en el camastro y le habla.

Rodrigo Sé que no me quieres. Eres mujer de un solo hombre. Y ahora te sientes entregada a otro. Pero terminaremos por querernos. Sé muy bien por qué te vas a casar conmigo. Las órdenes del Perú terminan imponiéndose siempre. El Capitán me lo dijo, aunque no hacía falta. Todos sabíamos que el título de Gobernador lo obligaría a renunciar a ti. No te arrepentirás, Inés. Soy un hombre leal. Si he sido fiel a mi Capitán, también te seré fiel a ti. No conseguiré hacerte olvidar a don Pedro de Valdivia, pero no te haré desgraciada. Si tú obedeces órdenes, yo también obedezco órdenes.

Inés ¡No te equivoques, Rodrigo de Quiroga! ¡Jamás obedecí una orden que me humillara! Al contrario, si estás esta noche aquí es porque quiero burlarme del Licenciado La Gasca y traicionar a Valdivia.

Rodrigo de Quiroga le pone una mano sobre el hombro desnudo. Inés lo rechaza.

¡No me toques ahora! ¡Hoy soy yo la que impone las reglas del juego, mañana será otra cosa!

Rodrigo Has hecho todo lo posible para que esta noche nuestro encuentro se parezca a una violación. Yo no te pedí que nos acostáramos. Después de todo, mañana nos vamos a casar, es decir, hoy, porque ya está amaneciendo. ¿Para qué adelantar unas horas nuestra noche de bodas? ¿Qué te impulsó a exigirme esta relación clandestina, escondidos como amantes culpables, cuando mañana estaremos casados por la Iglesia? Sé que no fue por ardor impaciente, ni siquiera por deseo. Eso lo sabe un hombre.

Inés Los hombres no saben nada. En la mujer sólo buscan un espejo. Tú no eres ni peor ni mejor que cualquiera de los que vinieron huyendo de sus mujeres españolas, tan santas ellas, tan estrechas, tan insoportables.

Rodrigo Entonces, ¿por qué me obligaste a hacerme tuya la víspera de tu boda? Después de poseerme —porque has sido tú la que me ha poseído a mí— has hablado en sueños toda la noche... o quizás, despierta. Más que una relación amorosa, has convertido este encuentro en una pesadilla con tus fantasmas que yo no conozco.

Inés Hemos peleado a muerte contra los indios, codo a codo, pero no nos conocemos.

Rodrigo ¿Por qué me has traído aquí la víspera de nuestra boda, cuando se supone que una mujer honrada debería estar preparando su ajuar con ilusión o rezando para tener suerte en su matrimonio?

Un silencio.

Inés ¿Quieres saberlo?... Te lo diré, Rodrigo de Quiroga. Te he utilizado. Quiero humillar a tu Capitán. He querido serle infiel ahora que todavía soy su amante. Valdivia se enterará de que su hembra le ha engañado con su lugarteniente de mayor confianza y se ha burlado de esta boda impuesta.

Rodrigo ¿Y qué va a pasar mañana? Mejor di-

cho, hoy, dentro de unas horas. El cura se estará preparando.

Inés A partir de la ceremonia te respetaré, te defenderé con mi vida si es necesario, pero esta noche no. Todavía soy la concubina de don Pedro de Valdivia, una mujerzuela que lo engaña con cualquiera.

Rodrigo No soy cualquiera.

Inés Pensé hacerlo con su palafrenero.

Rodrigo ¡Te has vuelto loca!

Inés Hay que estar loca para haber llegado hasta aquí siguiendo a un hombre.

Rodrigo ¿Qué esperas del Capitán?

Inés Nada. Sólo quiero que se entere de que no han sido las órdenes del Perú las que lo han separado de su amante, sino que ha sido ésta la que lo ha repudiado.

Rodrigo Estás endemoniada.

Inés Al contrario. He querido tener por testigo a Nuestra Señora. Mañana rezaré contigo mirando al suelo, pero esta noche hago lo que me da la gana.

Le muestra a Rodrigo de Quiroga la mancha de sangre que tiene el vestido en la parte del pubis.

No esperabas encontrarte con una virgen, pero tampoco con una puta, ¿verdad? Escucha, Rodrigo de Quiroga, en España habría sido casta, pero aquí la tierra me ha cambiado. Yo misma me he convertido en barro de esta tierra, porque ya nunca saldré de aquí.

Inés se arrodilla en la parte del escenario donde se ha dispuesto una zona de barro. Coge puñados de barro húmedo y con las manos chorreando se acaricia los pechos.

Ven, Rodrigo, todavía no ha amanecido. Mañana seré como todas las esposas honestas, abriré mis piernas con bostezos y simularé un placer fingido, pero hoy puedo todavía ser yo misma. Cúbreme aquí en el barro, igual que hacéis con las indias cuando arrasáis las chozas de los araucanos después de la batalla.

Rodrigo de Quiroga se acerca a ella, pero no la toca todavía. Inés se tiende de espaldas en el

barro y abre las piernas. Ella misma se acaricia los pechos y el vientre con las manos embarradas. Respira con fuerza. Rodrigo, junto a ella, la mira fijamente. Se escucha el resoplar de los caballos en el exterior. La luz baja un poco en resistencia. Más allá de los tules y telas que caen aparece una sombra que se recorta contra el profundo verde de la noche. La sombra avanza y vemos que se transforma en el cuerpo de un hombre vestido de soldado. Lleva una espada en la mano. Habla mientras mira el cuerpo de Inés tendido en el suelo con las piernas abiertas y a Rodrigo de rodillas junto a ella.

Valdivia A mí nunca me amaste con esa rabia y bravura. Te veo echada en el barro, jadeando, y me duele la puñalada del deseo.

Yo te entregué a Rodrigo de Quiroga. Me gusta dar órdenes. Pero esta noche has querido ser libre y me estás engañando. Me nublan la mente los celos homicidas. Si di garrote a Escobar por haberte puesto las manos encima, ¿qué tendría que hacer con mi mejor amigo que te posee en este momento en el barro?

Valdivia se acerca a la pareja y clava su espada con violencia justo entre las piernas abiertas de Inés. La pareja parece no verlo. Los tules son movidos con violencia por el viento. Lejana, la cabalgata de los caballos.

Hemos cabalgado dos jornadas completas hacia el Sur y, durante todo este tiempo, en medio de la oscuridad, te he visto así, en brazos de otro, y no he podido pensar en otra cosa. Mis oficiales me han rogado no seguir adelante, pero yo no los he oído, porque te tengo a ti delante de mis ojos. (*Gritando como una fiera herida*). ¡Adelante!

Surgen los tambores indígenas, sordos y lejanos al comienzo, próximos después.

Esta noche es Nochebuena. ¿Recuerdas las veces que la pasamos juntos, escondidos como ladrones en Lima, metidos en una fosa de arena caliente en el desierto, desnudos bajo los arrayanes en Santiago?

Ladridos nerviosos de los perros.

Esta, en cambio, es una Navidad llena de presagios. Nuestros perros nos avisan del peligro.

Ahora, Valdivia le da la espalda a la pareja y habla mirando frente a él, al público.

Valdivia De entre los pajonales surgen los indios en oleadas, implacables como la lluvia. Van cayendo mis mejores soldados. Retrocedo acompañado por el cura. Finalmente me derriban.

Un atroz relincho de caballo en la noche.

Me han hecho prisionero. Inés, voy a morir. *Inés empieza a desnudar lentamente a Rodrigo de Quiroga.*

Están quitándome la ropa. Quieren saber cómo es el dios del trueno. Lllaman a Agustín, mi sirviente, para que me quite la celada, la coraza, toda la ropa. Ya estoy completamente en cueros. Un pobre dios desnudo. Entonces, descuartizan a Agustín ante mi vista. Luego, de un golpe mortal en la nuca, me derriban.

Rodrigo de Quiroga, ya completamente desnudo, cae al suelo, arrastrando con él a Inés. Los dos cuerpos de los amantes se trenzan en las posiciones del amor.

Muero junto a mi caballo, recordándote. Han derrotado a los centauros. Descansaré en la tierra de la Araucanía. Inés, ya estamos juntos, desnudos, en el dulce barro para siempre.

La luz ha ido bajando en resistencia. Inés lanza un grito ahogado. Valdivia desaparece. Inés se separa de Rodrigo de Quiroga y se cubre con una amplia capa o una cota de malla fina. Inés va hacia el fondo, mirando el ciclorama. El diálogo se produce en la penumbra.

Rodrigo ¿A dónde vas?... ¿Qué te pasa?

Inés *(Desde el fondo)*. Valdivia.

Rodrigo ¿Ha venido?

Inés No. Ha muerto.

Rodrigo ¿Qué estás diciendo?

Inés Los indios le han roto las patas a su caballo.

Rodrigo Es imposible. El Capitán está aquí, en el campamento.

Inés Estoy hablando del fuerte de Tucapel.

Rodrigo Ese fuerte no existe.

Inés Existirá, al sur de Concepción.

Rodrigo Has estado soñando.

Inés Los sueños empiezan ahora. A partir de hoy sólo me quedarán los recuerdos.

Se escucha la campana de una pequeña iglesia.

Rodrigo Ha llegado la hora. Están llamándonos.

Rodrigo sale por un costado. Inés empieza a vestirse con una cota de malla. Se empieza a escuchar el tema musical inicial. El que corresponde a Inés joven. Aparece Inés joven por el fondo. Camina suavemente, casi en cámara lenta.

Inés madura la mira, fascinada. Inés joven abre el baúl y saca el vestido de novia. Lo extiende y lo deja sobre el baúl. Luego, Inés joven se quita lentamente su vestido negro y se pone el vestido de novia.

Inés Podrías haber dejado el traje en el baúl. Podrías haber salido al campo desnuda, libre. Podrías haberte rebelado, pero no lo hiciste. Te esperaba el hombre que te abandonaría por la ambición de un cargo, de una fortuna en las Indias. ¡Siempre seré la abandonada! ¡Vete ahora, no te ates de nuevo! ¡Elige tú esta vez!

La joven Inés está vestida de novia. Saca del baúl el ramo de alhucema, lo huele y se ríe feliz.

Todavía me parece oler las alhucemas, pero ya no me puedo reír.

La joven Inés ya está vestida de blanco y la Inés madura vestida enteramente como un soldado. Entra Rodrigo de Quiroga.

Rodrigo El cura nos espera para casarnos. Tenemos que ir a la iglesia.

Rodrigo no parece ver en ningún momento a la joven Inés. Tampoco ésta repara en Rodrigo, ya que está en otra dimensión temporal.

Rodrigo El cura nos espera.

Inés *(Ensimismada)*. ¿El cura?

Rodrigo Para casarnos. Tenemos que ir a la iglesia.

Inés (*Aún desorientada*). Casarnos...

Rodrigo ¿O te has arrepentido?

Un silencio.

Inés Sólo me arrepiento de mis pecados, no de mis errores.

Rodrigo Don Pedro no podrá estar en la ceremonia.

Inés (*Sarcástica*). Pero podrá asegurar al Perú que sus órdenes se han cumplido.

Rodrigo Tiene que volver a Valparaíso a esperar a su esposa.

Inés (*Irónica*). ¡Qué tranquilidad para doña Marina: ver a Inés de Suárez sujeta a otro hombre!

Rodrigo Tienes que vestirme.

Inés (*Desafiante*). ¡Rodrigo de Quiroga, no vas a llevar al altar a una novia de blanco! ¡Te vas a casar con un soldado!

Inés se coloca lentamente el guantelete de hierro.

Pero también con una mujer.

¡Vamos, Rodrigo!

Inés de Suárez y Rodrigo Quiroga salen. Se queda sola la joven Inés vestida de blanco. Se escucha el tema musical de la joven Inés. La luz empieza a bajar en resistencia. Lo último que vemos es la figura desvalida y pálida de la joven Inés, sonriendo. ■

El guante de hierro. En la foto: Gabriela Hernández y Francisco Reyes.

